La Cruz del Pósito

I.

El siglo décimo quinto

muere ya, de sus empresas

al panteón de la historia

dejando gloriosas fechas.

Es de noche: una Ciudad

que es de la lealtad emblema,

de los árabes codicia,

y del suelo andaluz puerta,

muda al pie de una montaña

y en negras nubes envuelta

oye al huracán que silva

al sacudir las veletas,

y ve rasgar al relámpago

brillante las sombras densas.

El agua cae a raudales,

brama ronca la tormenta,

y no hay un bulto que cruce —pág. 230—

las tristes calles desiertas.

Duerme Jaén; tal vez solo

dos hombres callados velan;

uno entre la sombra espía,

y otro al pie de una Cruz reza.

Quienes son calla la historia,

mas la tradición lo cuenta,

y yo narrarlo pretendo

tomando al vulgo por lengua.

Vino a Jaén desde Flandes

Doncel de noble presencia

capitán de aquellos tercios,

rico en honores y en rentas.

Buscando dulce descanso

a las fatigas guerreras,

casó con Doña Beatriz

hija de Iñigo de Uceda.

Mas tomó en mal hora estado;

que la dama ilustre y bella

se unió tal vez al de Osorio

por razones de nobleza,

y a otro hombre su pecho amante

daba adoración secreta — pág. 231 —

mientras de esposa a Don Diego

daba la mano en la Iglesia.

Pasaron meses y años

y fuese tedio o sospechas,

de su pasión al de Osorio

quedaron solo pavesas.

Doña Beatriz del desvío

lloró en silencio la pena;

si no en el sitio herida,

lastimada en la soberbia.

Y así los días pasaron

guardándose ambos sus quejas

y abriendo con el silencio

camino a pasiones nuevas.

Y en orgías borrascosas

y en aventuras secretas

quiso de su amor primero

borrar Osorio las huellas.

III.

En la casa de Gil Pérez

y en angosta callejuela

hay varios hombres reunidos

en redor de una ancha mesa.

Nobles son si no, en los hechos — pág. 232—

al menos en la ascendencia

los que de Gil en la casa

ponen a un dado su hacienda.

Con ellos está el de Osorio;

pero con suerte tan negra,

que no tira vez los dados

que lo que marca no pierda.

Pero Don Diego no es hombre

que en sus propósitos ceda,

y así mientras más desgracia

mas tesón pone en vencerla.

Luchando con su fortuna

perdió así puesta tras puesta

primero el oro y después

las alhajas y las tierras.

Ebrio de ira a su escudero

llama y que le traiga ordena

cierta joya a Beatriz dada

al desposarse, con ella.

Partió el escudero y pronto

volvió con esta respuesta:

«Doña Beatriz vuestra esposa

la joya a entregar se niega;

porque siendo según dice

de vuestros amores prenda,

solo a vos y por su mano

hará tan costosa entrega.

Para eso aquí se dirige

seguida de la su dueña;

salir vos a recibirla — pág. 233—

Señor, que estará ya cerca. »

Rieron los jugadores,

montó el de Osorio en soberbia

y ciego salió a la calle

la mano en la daga puesta.

IV.

Volvió a casa de Gil Pérez

Osorio la vista inquieta,

lívido el labio y la frente

de frio sudor cubierta.

Puso en la mesa una joya

y al tirar con mano trémula

los dados, oyó en la calle

su nombre a una voz resuelta:

«¿En dónde está el asesino

de Doña Beatriz de Uceda?

justicia demando o plaza

para vengar tal vileza. »

Puesta en la espada la mano

bajó Osorio la escalera;

que acaso de antiguos celos

sintió la herida entreabierta.

Tiraron los jugadores

dados y lámpara y mesa, — pág. 234-

y guardando las ganancias

buscaron raudos la puerta.

Llegó a la calle Don Diego

y hallándose un hombre en ella

cerró con él y de entrambos

fueron las espadas lenguas.

Más como iba Osorio ciego

y hallóse una mano diestra,

bien pronto corrió la sangre

que le quemaba en las venas.

V

Duerme Jaén, en sus calles

tan solo dos hombres velan,

uno entre la sombra espía,

y otro al pie de una Cruz reza.

—Qué voto cumple el romero,

pregunta al que ora, el que observa.

—Vengo a rogar por las almas

del de Osorio y la de Uceda.

—Sabéis esa historia?

—Al cielo

pluguiese no la supiera,

y esta Cruz no fuera entonces

mudo juez de mi conciencia.— pág. 235—

—Luego sois?....

Don Lope de Haro

de Doña Beatriz la bella

galán un tiempo, y más tarde

su vengador en la tierra.

Partió el romero; el espía

quedó inmóvil de sorpresa

frente a la piedra que el nombre

de Cruz del Pósito lleva.

A otro día cuando el sol

iba a mediar su carrera,

entraba Don Lope de Haro

de San Francisco en la regla.

Guijosa y Gómez, Antonio, “La cruz del pósito”, en Francisco L. Hidalgo, ‎Ángel del Arco-- *El Romancero de Jaén*. (1862) ROMANCE XXVI.